

Efemérides: Día Mundial del Cine

por José María Verdaguer Muñoz

“Vértigo” (Alfred Hitchcock, 1958)

Antes de hablar sobre *Vértigo*, quiero puntualizar dos cosas. Primero, como otorrinolaringólogo, debo aclarar que el "vértigo" del título no se refiere al trastorno del equilibrio definido por la RAE, sino a la *acrofobia*, el miedo a las alturas. Segundo, no soy experto en cine, ni cinéfilo; me considero más bien un *cinéfago*. Mi amor por el cine se basa en devorar películas sin discriminarlas, clasificándolas sólo como buenas (me gustan) o malas (no me gustan). Y sin duda, *Vértigo* pertenece claramente al primer grupo.

Recuerdo el impacto que esta película tuvo en mi mente adolescente. Nunca había visto una exploración tan visual y emocional del deseo, la obsesión, la identidad y las renunciaciones por amor. La trama sigue a Scottie Ferguson (James Stewart), un antiguo policía retirado tras desarrollar acrofobia por un accidente traumático. Contratado para investigar el extraño comportamiento de Madeleine (Kim Novak), la esposa de un conocido, Scottie se ve atrapado en una espiral de misterio y obsesión que lo arrastra fuera de los límites de la razón.

Más allá de sus giros argumentales (algunos bastante tramposos), lo que eleva a *Vértigo* es su capacidad para explorar temas como la obsesión masculina, la pérdida de identidad y el deseo de controlar lo incontrolable. En manos de Hitchcock, el suspense es un medio para indagar en la psicología de los personajes, mostrando a Scottie como un hombre atrapado en sus propias limitaciones.

La puesta en escena es magistral. La ciudad de San Francisco, con sus empinadas colinas y el icónico Golden Gate, es un personaje más, reflejando el desasosiego interno del protagonista. La dirección de fotografía de Robert Burks utiliza colores saturados, como verdes y rojos, para evocar pasión y muerte, mientras las luces y sombras intensifican el misterio. El famoso *dolly zoom*, aunque no inventado por Hitchcock, se emplea aquí con maestría para visualizar la *acrofobia* de Scottie, especialmente en la escena de la escalera del campanario, generando un efecto

visceral que influenció a autores tan diferentes como Spielberg, Scorsese, Mel Brooks o nuestro Valerio Lazarov.

La música de Bernard Herrmann merece una mención especial. Sus hipnóticas melodías complementan la atmósfera, añadiendo profundidad emocional. Pero el verdadero punto fuerte son las actuaciones: Kim Novak captura la dualidad de su personaje con una transformación fascinante, mientras James Stewart interpreta a un hombre esencialmente bueno pero atormentado por la culpa y la obsesión, hasta perder el control de su realidad. Hitchcock, como siempre, nos muestra la cara oculta del "hombre común".

Cada vez que revisito *Vértigo* (y van...), cuando Scottie sigue a Madeleine al campanario creo que en esta ocasión sí que será capaz de detenerla. Eso, para mí, es lo que constituye una verdadera obra maestra.

